

BAJAME DE UN HONDAZO QUE ME GUSTA

Me levanté, como todas las mañanas con la fresca –o no tanto- sintiendo un dolor en cada hueso. A control remoto comencé el ritual: abrí la puerta sugiriendo amablemente a mi can que retirara su traste del sillón y descubriera las maravillas de mear con la naturaleza de marco. Me arrastré al baño, hice lo propio y apenas me lavé la cara, no sea cosa tuviera más de dos segundos de tortura frente a lo que me devolvía el espejo.

Cocina, Fragata, hornalla, pava, llenar a lo guaso el mate de loza. Prendí la radio y le propiné los golpes necesarios para que sintonizara lo que se le cante: con un par de neuronas casi despiertas algo no me cerró. Ni la voz afectada de la perra local, ni Castro orinando agua bendita... apenas una música con aires de solemnidad.

Salí al pasto para mi estirada habitual, en alpargatas, mañanita y camión símil dama del teléfono blanco pero en franca decadencia y remendado, con los grillos y pájaros aún chillando. Mientras intentaba una forma de Tai Chi tropezando con unos yuyos, mi atención regresó a lo que transmitía el éter.

Alguno cagó p'al fisco, pensé. Pero al momento la cadencia dejó de figurar un fiambre para trasladarme al Medio Oriente pero sin misiles reventando Beirut. Involuntariamente cerré los ojos y, con la torpeza que me dan los años, los achaques y los rollos de grasa, comencé a contonearme cual Shakira subdesarrollada del subdesarrollo.

Me di el permiso para los cinco minutos de evasión programada e intenté visualizarme, tanto libro pedorro de autoayuda leído, en algún sitio oliente a incienso. Con mucho esfuerzo, me imaginé danzando con pilchas de moneditas, medio en bolas, en palacio de jeque árabe o turquito con guita.

El placer del baile me compensaba el disgusto de verme como un cacho de carne –aunque bastante menos de la que acusaba la balanza en el cruel mundo cruel- objeto de la pajería oriental. Mucho kohl en los ojos, gambas y traste sin celulitis y las tetas haciendo fintas a la gravedad implacable. Diosa total del olimpo. Salomé sin Herodes y sin cabeza en bandeja. Volando...

-Doña, ¿tan temprano y ya anda fumada?

Las palabras me bajaron del pedestal y abrí los ojos. Muertos de risa, los muchachos del municipio se aprestaban a levantar las bolsas de basura destripadas por los perros del vecindario.

Me tiré la mañanita por los hombros y me volví a la cocina como un bólido. Como una bólida más bien. Cuándo voy a comprar un cacho de media sombra, me dije.